

EL PROFESOR AGUSTÍN PEDRO Y PONS, ACADEMICO DE MEDICINA. «IN MEMORIAM»

B. RODRIGUEZ ARIAS

(Académico y Secretario general perpetuo)

No resulta fácil, ¡quién lo duda!, glosar la vida corporativa de un insigne Académico y magnífico Presidente, cual el bienquisto Agustín de la época universitaria de pasantía y, al fin, un director de elevado rango en el más tradicional hogar de la cultura del linaje médico.

He sabido de él —sin inadvertencia de facetas o de períodos— al correr de los años, unos 55. Mi pluma, fuera de eso, y reverencio el don que tengo, es suelta y bien cortada. Y gozo de una fisiología de senecto, gracias a Dios, para poder computar e inferir, normalmente, lo óptimo de un ser de desacostumbrada valía.

Mas una rara emoción atenaza mucho las frases que, en otras circunstancias, ganarían seguidamente mis labios y, de pronunciarlas, quizás undularían tiempo en el aula docta de sus lecciones de ilustrado.

Volvería la vista atrás y su mirada de preceptor o su gesto de cansancio y de nota o tilde, inhibirían mi deseo de platicar “ad libitum”.

Dado que, resultado de una obra propia, del más auténtico de los esfuerzos, de un sacrificio liberal, como maestro, oficiante y ciudadano, no había menester del “incienso” que se lanza, sibilamente, a los fatuos y a los equilibristas de la ciencia y de la praxis galénicas.

Bonísimo pedagogo, mejor clínico tal vez, humilde con los enfermos, se sentía modesto y obsequioso, lisonjero, por el dominio de sus instintos, por sus juicios de versado, por su sensatez o su prudencia y por su tino.

El “seny” de la tierra catalana fue su divisa, que la rebeldía del inconformista nimbaba maravillosa y tempestivamente.

En esta situación, mi voz, mi palabra, dentro de la Academia, trasuntarán el respeto, la fidelidad y la gratitud que me unían al Presidente.

Amigo duradero del llorado condiscípulo a medias y socios o integrantes los dos de varias entidades u organismos hasta el día fatal de la muerte, tendría que abstraerme un poquito so-

lamente para rememorar acciones y comentar su timbre de gloria en esta Real Academia de Medicina de Barcelona.

En Madrid, Miembro Numerario, primero de los foráneos, de la Real Academia Nacional de Medicina, se ocupó con sumo acierto en mostrar el "final de etapa" de los jubilados por la inexorabilidad de la ley. De su ejecutoria habló el profesor Díaz Rubio en solemne sesión necrológica.

Otras Reales Academias de Medicina de Distrito, de las que era Académico de Honor o Correspondiente, le dedicarán a buen seguro un homenaje póstumo, por el estilo del que tuvo lugar en nuestra Academia de Ciencias Médicas de Cataluña y Baleares.

Y más y más Sociedades del país, Academias extranjeras, las Universidades y diversas instituciones, honrarán la merecida fama, la ubicua notoriedad, del Presidente que nos dejó tan inesperadamente.

Pero circunscribámonos al encargo que se me hizo en Junta y que me mueve a lógico reconocimiento por la honra que lleva aparejado.

Si la moraleja de una de las instructivas fábulas de La Fontaine, "Aide-toi, le ciel t'aidera", "Ayúdate y el cielo te ayudará" en puro castellano, enseña un modo de gobernarse, yo modesta y bastante eficazmente o, quizá, a lo inflado, utilitario o mandón —a mi juicio, el primero de los designios— he tratado como un "segundo de a bordo" de desarrollar en su oportunistica la grande labor académica de los postreros ciclos del método rec-

tor de Agustín Pedro Pons (q.e.p.d.).

Siempre logré intuir o trasladar al papel lo que deseaba y como lo deseaba, lo mismo que la forma ventajosa y nada hiriente de ejecutar un propósito, redactar un dictamen, abordar cuestiones espinosas u organizar la votación secreta en las frecuentes elecciones de Académicos.

Me consideraba el "brazo derecho", el realizador, de un pensamiento, de un ideario, del hombre docto que "inter nos" marcó una trayectoria honorable, de celebridad en la futura historia, de la tan gloriosa y estimada Real Academia, ya bicentenaria.

Fui y soy, todavía, muy naturalmente, un admirador sensible de la carrera presidencial de un pantiatra de excepción, de un fidedigno clínico general, de un médico internista "vera effigies", querido, regalado y necesario en la, sacudida por tantos conceptos, urbe barcelonesa.

En vista de lo que, jamás hubo de objetarme o de censurar —a la sorda— una decisión administrativa mía o un boceto de trabajo, resultancia final de su credo, de su plan filosófico, "sui generis" y mágico por innúmeras razones obvias.

Las directrices que imaginara o esbozara el que yo diera en llamar jefe, cabeza de familia o patriarca del ejercicio noble y libre de nuestro quehacer sacerdotal, aquí, junto al viejo mar de la civilización, y un algo recoletamente por añadidura, eran interpretadas y puestas en marcha sin demora.

Intelligentísimo, erudito de veras y fascinante, porfiado en el trabajo lu-

cubrativo o de biblioteca, sustantivamente científico, artesano de lenguaje cara al doliente (que le subyugaba y miraba con buenos ojos), precavido en el diálogo y en la conducta abierta, nada estridente en lo opinable y en la situación de vate (que no ocultaba) y lento o reservado en la polémica y en intenciones que tenía por ásperas, groseras o cortantes, muy a menudo no llegaba a traslucir su auténtica intimidad en las réplicas académicas.

Mesurado, contemporizador, bien que fundamentalmente independiente, seguro de su fe, del símbolo que representaba en España, defendía lo mejor para Cataluña, la Medicina autóctona y este legendario organismo Académico, sin hacer —empero— salto atrás.

Cauto, vivo, diplomático y silente, tenía una gracia especial —en nuestras reuniones de gobierno o científicas— para formular una conclusión, proponer un dictamen inesperado o sumarse agudamente a la mayoría.

Su palabra en la discusión de materias, su eventual apostilla de una hipótesis o la objeción que brindaba en las sesiones públicas, tras la comunicación de turno, el coloquio que “moderaba” o cuando epilogaba doctamente una conferencia, significaban la medida de lo justo, de lo bienintencionado y de la crítica suave, con alabanzas y observaciones, el mutismo que anonada y el agradecimiento fino del que inquiera una tolerancia ciega.

Yo, sentado a su izquierda, esperaba con gusto la paráfrasis, la lección improvisada y magistral, unos simples

considerandos de hombre culto, lo que fuere, pertinentes y discretos, si no terminaba “ab irato” o rudamente —él orillaba la escena a las mil maravillas— una circunstancia violenta o una ponderación frívola.

El mohín, reiterado, de improbación o de tedio, establecía —generalmente— una falta de controversia, ya que zanjaba así las disertaciones oscuras o hueras. También merecían igual atención las exposiciones sin fin.

Opuestamente, una narración de incentivo y de calidad sacudía su alma de maestro y la glosaba o comentaba de forma exhaustiva y loable.

Nos presidía, invariablemente, con dignidad, empaque, finura de modales y sabiduría.

Los más veíamos, en torno de sus actitudes y de su verbo, la autoridad que ennoblece y resguarda a cualquiera. Unos pocos, tal vez, le hubieran suplantado en la poltrona instintivamente. Mas la unanimidad de una confianza bien ganada, se deducía de los votos emitidos secretamente.

Trece años largos ha ocupado la envidiable Presidencia de uno de los senados médicos del país.

En los anales de nuestra historia doméstica, este palacio registrará el empuje, la voluntad misional de Agustín Pedro y Pons, superiores quizás a los de los eximios y beneméritos Augusto Pi Suñer, Jaime Peyrí Rocamora y Federico Corominas Pedemonte.

En las tan solemnes y rituales sesiones de recepción de Miembros de Honor y Numerarios, inaugurales de Curso o Necrológicas, su prosapia y

su apologética imponían por la sobriedad y lo justificables de unas locuciones y de unos ademanes.

Le cupo la suerte de organizar y dirigir las austeras, bien que reverenciales, fiestas del Bicentenario de la fundación de la Academia.

Evocando la ideología de Carlos III, de sus secuaces y de nuestros antecesores en los sillones que orgullosamente usufructuamos, aquí —en este hemicycleo de lectura o en el municipal y bellísimo de la Reina Regente— nos distinguió corporativamente sobremañera y se tributó honorablemente, además, un panegírico.

Si rigió los destinos de la Academia de Ciencias Médicas a lo político y generoso, en la Real Academia de Medicina de Barcelona superó la fuerza de su encarnación universitaria, social y cívica.

Hombre providencial de una época de resurgimiento culto, tanto el de ley como el facultativo, actuó sin el mimetismo imperante y sin el alboroto de consuetud que llega a infecundar la vida sólida, en una post-guerra triste.

Extra-muros lo halagaban por doquier e intra-muros lo valorábamos mucho y creíamos en él.

Tuvimos "estrella" nuevamente y dimos con el insuperable presidente y el más animoso rector, que necesitábamos a partir de 1957.

De esta suerte, hoy nos sonrío el porvenir, con un futuro despejado de mavores obstáculos.

Pero no corto, todavía, mi guión a lo elegíaco. Quedan otros aspectos de la labor varia que marcó en esta ins-

titución de cultura el profesor Agustín Pedro y Pons.

Helos resumidos en 3 apartados.

* * *

Durante la fructífera y nada breve temporada presidencial de que vengo hablando, se efectuaron importantísimas obras de remozamiento de las dependencias históricas que siempre nos cautivan.

Un espléndido y gracioso Seminario de Historia de la Medicina, legítimamente acogedor y señorial, ha quedado instalado en la planta desván. Referencias de crédito, indican que trabajó allí Santiago Ramón y Cajal y gestó, en parte, su universal teoría de la neurona.

El salón de las disertaciones científicas y públicas, bautizado con el nombre del genial biólogo investigador, también, Ramón Turró, resuelve con su fondo encantador y soberbio y sus aciertos en lo dinámico, que los Miembros de la casa y sus invitados a peyorar lo hagan óptimamente a cualquier efecto.

Si un filántropo escuchó la súplica que se le formuló al respecto, nuestro Presidente dictó las normas mejores para la factura artística y de empleo del aula.

El utilísimo gabinete de reconocimientos médicos y la buena sala de estudios de la planta media, completan la fase inicial de las tareas estructurales proyectadas.

Faltan muchísimas más, al descubierto e internas, aunque todas ellas

fueron ya concebidas y aprobadas por quien nos lega un vacío difícil de llenar.

Los recios muros de las fachadas y la techumbre piden a ojos vistas un retoque minucioso e igualmente las estancias aristocráticas y el vestíbulo, que serán objeto —si el Ministerio acepta nuestras propuestas— de la compostura que el prestigio del Estado y de la Ciencia patria demandan para su evolución gradual y su vigencia.

Milagro o algo semejante preparado por el extinto.

* * *

En el arduo quehacer de gobierno, la sabiduría, la destreza y el pulso de nuestro máximo dirigente traspasó límites inusuales.

Hemos gozado de una muy lógica paz octaviana, facilitando no obstante día a día el contraste de ideas y de doctrina o de laudos, en sesiones plenarios.

Hemos abordado el nombramiento de Académicos de una forma más idónea que antes.

Hemos celebrado frecuentísimas votaciones, sin la desorientación que puede implicar una sorpresa o una urgencia impugnable.

Hemos asesorado en lo sanitario, en lo laboral, en lo forense, en lo documental, etc., sin luchas, sin negligencias y sin resabios de caduco.

Hemos llegado a cumplir las misiones estatutarias, sin pausa y sin apuros.

Hemos discutido más y más temas científicos, heterogéneos, en las sesiones públicas y administrativas, sin el olvido de lo más reglamentario en cuestiones sanitarias (en su más lato sentido), histórico-médicas, docentes y de lo acaecido en la ciencia biológica.

Tanto la pura casuística nosológica, como lo especulativo, la descripción de fenómenos patológicos o los más sencillos razonamientos individuales o de grupo, han sido admitidos a debate.

Las pesquisas de laboratorio, el más vulgar síndrome clínico, lo aplicativo de la medicina e incluso las llamadas de aire muy nuestro, en el discurrir de lo vital, en la fehaciente crónica y en las letras, han meritado suma atención en la cátedra espontánea que personificamos.

Más de un coloquio fue motivado por el beneficio o la obligación de sentar doctrina o de establecer premisas instructivas.

Más de una exposición regular se debía a una solicitud fijada.

Y más de una conferencia "sensu strictiore" obedecía, asimismo, a una indicación precisa.

De esta manera hemos ido señalando derroteros o nociones, útiles para todos.

Dos Reglamentos —privativos de la Academia de Barcelona— que estimamos una verdadera innovación, han roto los moldes, demasiado uniformistas y anticuados, de unos Estatutos generales.

En los dos Reglamentos (1962 y 1971) se hace hincapié sobre un arque-

tipo de independencia de móviles y de usos, trazado por el Presidente.

Sagaz, equitativo y neutral, el mecanismo interno de las juntas, conducía al Presidente a triunfos muy suyos.

* * *

Nuestro consocio resultó elegido, con bastantes más, después de terminada la guerra civil. En bloque, fueron proclamados —sin oposición— algunos catedráticos, eminentes médicos de hospitales, prácticos de visita y farmacéuticos.

Hasta 1948, el 7 de noviembre, no leyó el protocolario discurso de ingreso, titulado “La esplenomegalia. Gastrorragias hemocitopénicas”. Ocupó la vacante del afamado en la praxis doctor Gonzalo Roqueta y colgó del pecho la medalla número 31.

En la sesión inaugural del Curso 1969, el 26 de enero, nos deleitó con la lectura de una memoria sobre “Formación del Internista. De la Medicina interna a las Especialidades”.

Contestó los trascendentes Discursos de Recepción de dos Académicos Numerarios, los profesores Luis Barraquer Ferré y Juan Gibert Queraltó.

Y en las solemnes sesiones celebradas en la Facultad de Medicina y organizadas conjuntamente, “In Memoriam” de los profesores Xavier Vilanova Montiu y Pedro Farreras Valentí, Académicos Numerario y Electo, respectivamente, perfiló bien y emotivamente las dos grandes figuras de maestros desaparecidos anticipadamente, víctimas de crueles enfermedades.

En múltiples coloquios de diversa índole, el profesor lograba matizar, como nadie, su enjundia y su alcance.

Solía esperarse con interés, en cualquier diatriba, el juicio ponderado del Académico biografiado.

* * *

Esto es lo que he podido arrancar de mi memoria, desolado y huérfano de un consocio, de un guía, respetado y querido.

Su eco, dentro de las paredes majestuosas de nuestra morada académica, lo percibiremos sin tregua.

Llorémosle y enaltezcámosle una vez más.